

D O C T R I N A L

EL MAESTRO

CON mucho gusto escribo estas cuartillas que me pide el P. Director de esta Revista y al escribirlas ¡con qué fruición recuerdo aquellos tiempos de mi estancia en el Pontificio Colegio Español de Roma, cuando teníamos la lectura espiritual en las Obras del Beato Juan de Avila, en Comunidad, bajo la presidencia del Sr. Vicerrector don Juan Bautista Calatayud, Operario Diocesano, de tan dulce memoria, quien después de la lectura sabía muy bien tirar de la lengua un día a uno y otro día a otro, para hacer la conveniente repetición y oportuno comentario! y también ¡con qué íntima complacencia recuerdo mi visita al sepulcro del Beato el año 1927, en el mes de junio. en unión con otros sacerdotes de la Diócesis de Málaga, donde yo entonces era canónigo Penitenciario! ¡Qué peregrinación aquélla! Fué de prueba. Yo prediqué en la Misa solemne y todavía guardo entre mis papeles unas notas muy concisas de aquel panegírico y de ellas ha salido la idea principal de este artículo, que me parece está muy bien titulado, como lo voy a demostrar, aunque en verdad es demostración innecesaria, porque la misma voz del pueblo así llama al Beato Juan de Avila y la misma voz de la Santa Sede lo enaltece proclamándolo «Maestro Admirable».

* * *

Ciertamente el Beato Juan de Avila tiene bien ganado y merecido el título, con que encabezo este artículo. Claro está que no es el Maestro por antonomasia en sentido absoluto. Así solamente lo es Jesucristo. Pero en sentido relativo, esto es, en relación con sus contemporáneos, el Beato Juan de Avila es digno de ser llamado el Maestro.